



La influencia del inglés en la República Dominicana. Valoración de una encuesta oral

Manuel Alvar

Se viene repitiendo que el inglés es ese espectro que, en todas partes, amaga sobre el español, lo mismo que sobre todas las demás lenguas. Hace poco pude estudiar cuáles eran los procesos de captación que se podían apreciar en una parcela del mundo hispánico especialmente agredida¹. Ahora puedo ofrecer unos datos sobre otra isla antillana, ligada por estrechos lazos con Puerto Rico, y cuyas gentes emigran con mucha frecuencia, y en proporciones muy altas, a Nueva York². Cualquier viajero que desde la Quinta Avenida se haya dirigido a *The Cloister*, antes de llegar al museo, habrá tenido que cruzar un largo barrio dominicano, donde las gentes, los anuncios, las muestras de los comercios, hablan en español.

En 1982 trabajé en la Isla y preparé un cuestionario con el que recogí materiales sociolingüísticos que acabo de publicar³. Puse entonces entre mis preguntas una última que podría servirme para conocer una cuestión que completara los informes que tenía de Puerto Rico. Son los datos que figuran a continuación y que procuraré comentar. No voy a detenerme en describir la encuesta, por cuanto ya lo he hecho; sólo indicaré que utilicé 40 informantes (22 hombres, 18 mujeres), de todos los niveles socioculturales y procedentes de toda la geografía de la Isla.

Ya es notable que 20 personas (un 50 % del total) no respondieran a la pregunta, testimonio de que el problema no era sentido como tal. Y el hecho de que esas personas pertenecieran a los niveles más bajos de instrucción

indica que todo queda limitado a unos ámbitos hoy por hoy muy constreñidos y, al parecer, poco activos. Porque, abundando en ello, una secretaria de 36 años dijo que la influencia sólo se ejercía sobre gentes de clase media y, en ellas, en las actividades culturales y recreativas, y, reforzando este juicio, un universitario de muy alto rango (41 años, de Salcedo) dijera que «hay influencia, pero no grande; el peligro está en los sectores que no saben defenderse». Así, pues, no extraña que gentes de cultura muy diversa -un portero (52 años, nacido en San Pedro de Macorís), un encargado de limpieza (26, Arroyo Hondo, Santiago de los Caballeros), un técnico de información (28, Santiago), una secretaria (24, Tenares, Salcedo) y una directora de un Departamento universitario de Historia (34, Moca)- negaran que la influencia exista.

Vamos a ver en qué se apoyan quienes dicen que el inglés deteriora el español. La sorpresa, si lo es, está en repetir los mismos tópicos que hemos escuchado en todas partes, y, curiosamente, apoyados en las mismas trivialidades⁴. Porque poco es decir que las películas influyen (informantes 18 y 37), que se traduce mal (18) o que «quedan algunas palabras sueltas como *O.K.*, *hallo*, *by by*» (32), «ciertas palabras, pero más cada día» (33) o como decía una estudiante de medicina de 20 años: «a nivel cultural hay mucha influencia del inglés, sobre todo por la música». Ninguna de estas razones son motivo de preocupación mayor. Cuando se preguntaba cuántas eran esas muchas palabras inglesas que usan los dominicanos, resulta que un estudiante de pedagogía (21 años) sólo dijo tres, y una -muy lista- estudiante de Medicina se fijó en razones culturales (la música), pero no lingüísticas. En unos planteamientos generales se percibe la conciencia de ese influjo, pero no existe ninguna clase de precisiones; todo queda difuso o, cuando más, reducido al plano léxico y con una escasísima representación de tales anglicismos.

Las vías de penetración del inglés fueron señaladas con cierta precisión. Dos personas (las que en mis encuestas figuran con los números 30 y 37) hablaron de los «muchos emigrantes que hay en Nueva York». Ciertamente el hecho puede ser importante: quien vuelve de la inmensa urbe trae el prestigio de la aventura sufrida; tal vez, el dinero adquirido; también, la suficiencia del emigrante que debe justificar su marcha (y muchas veces su regreso). Pero, ¿no será un influjo pasajero? ¿Tan grande va a ser el poder de quien regresa que pueda modificar la estabilidad de los que quedaron? En todas partes hemos oído cuestiones como ésta, ¿y qué ha quedado en España de los cientos de miles de nuestros obreros que emigraron a Francia o a Alemania? Una anécdota efímera, y nada más. Porque si esas gentes que han ido a Nueva York no regresan a la República, mal influirán sobre ella y, si se quedan, tarde o temprano serán absorbidas por el inglés. Por eso me pareció razonable la limitación de una secretaria bilingüe (es decir, hablante y escribiente de inglés): «sólo en la capital». Quienes han vivido en Nueva York rara vez se

deciden a volver a las minas o al pegujal. Restricción también ahora en el pretendido influjo.

Otras razones de más peso pueden ser las que -también la oímos en otros sitios- daba un hombre de 30 años: «sabiendo inglés se tiene más trabajo y mejor empleo» (16) y, como apostillaba un empleado de la limpieza, que lo había experimentado en su propia carne: «uno se defiende mejor» (14)⁵. Ahora bien, esas mejoras se obtienen en dominios en los que el inglés se va haciendo imprescindible en regiones económicamente vinculadas a los Estados Unidos: el comercio (informante 39) o el turismo («si no se sabe inglés no es bastante», inf. 34, secretaria de 20 años). Son motivos razonables, que en cualquier sitio actúan, lo mismo que los aducidos por estudiantes de muy diversas actividades cuando dijeron que el inglés influía en la medicina y en la economía, en los medios de comunicación social y en los mercados (19, 20, 31). Es cierto, pero los libros y las prácticas se estudian y se hacen (o se quieren estudiar y hacer) bajo las enormes posibilidades que permiten los Estados Unidos, o por la vinculación a los sistemas de comunicación o de mercado, que a la gran nación se vinculan. Pero esto ¿es un lamento que se oye sólo en la República Dominicana?

He pasado revista a unos informes que allegué para un problema que en todas partes amenaza y cuya sombra, en todos sitios, se presenta como una aterradora presencia. No defenderé el anglicismo, sino que lo atajo siempre que puedo y con la medida de mis desmedradas fuerzas. Pero ni los trenos ni las congojas sirven para remediar la cosa. Hace muchos años, Unamuno, con su exabrupto, hizo felices a muchos españoles; otros sentirían vergüenza: «¡Qué inventen ellos!». Sí, inventaron, y aquí están las consecuencias que afectan a tios y troyanos. Américo Castro, más ecuánime, más científico, señaló que contra el galicismo no había otra acción que la de superar, técnica y culturalmente, a los franceses⁶. Si así no se hace, fatalmente nos llenaremos de galicismos (y ahora de anglicismos). Pero la lengua no morirá. Otra cosa -y lo ha señalado algún informante- es la ignorancia y la desidia; a ellas sí que debemos combatir con todos los medios a nuestro alcance.

Un estudiante de contabilidad de 25 años no tenía demasiada preocupación: «el inglés no es peligroso, porque se conoce mal» (inf. 9), lo que estaba concorde con aquel hombre de 26 años que decía: «sí, se estudia mucho, pero no sé en qué influye» (inf. 14) o aquella licenciada en Contabilidad de 38 años que estaba convencida de la presencia anglicada, pero no sabía dónde (inf. 23). Pienso si no estaremos ante un problema semejante al que Pedro Salinas señaló en *El Defensor*: mientras haya analfabetos, el español no desaparecerá de Puerto Rico⁷. O, adaptando la cuestión a nuestra exposición actual: mientras se sepa mal el inglés, poco dañará al español de Santo Domingo. Y no parece justo echar en saco roto a aquella asistente social de Moca, que con sus 18 años, confiaba en algo más que en la acción de los

hombres: «en Puerto Rico sí que influye el inglés, pero aquí no, gracias a Dios» (inf. 28).

Como en tantos sitios, los trabajos están por hacer. También la República Dominicana tiene un tajo -grande- abierto y pocos operarios. La influencia del inglés sobre el español hablado en la Isla tendrá que estudiarse -como en todas partes- analizando niveles de lengua y de sociedad, verificando la permeabilidad que muestran ciertos ámbitos lingüísticos u otros sociales, estableciendo índices de frecuencia y comparando con lo que ya se sabe en otros sitios. Mi pretensión de hoy es de muy distinto, y modesto, carácter. Al analizar unos problemas de actitudes lingüísticas, añadí una pregunta que es válida en todas partes y que en este caso podía servirme para completar el cuadro que trataba de enmarcar con otras cuestiones. El resultado ha sido, digamos, consolador. A pesar de la enorme influencia de los Estados Unidos en la economía del Caribe, el español de Santo Domingo no está afectado por el inglés. Pienso que la mitad de mis informantes no sabían nada del asunto, lo que quiere decir que no les interesaba ni poco ni mucho; lisamente, no existe. Otros, que aceptaban el influjo, no supieron en qué consistía y otros, que quisieron dar el testimonio de esa presencia, se redujeron a tres palabras muy poco significativas y dos de ellas no limitadas a la República, sino extendidas por inmensas parcelas del mundo hispánico. A la vista de ello, pienso que no se hace sino repetir lo que -en todas partes también- se dice sin mayor conocimiento de causa: el inglés amaga y la presa es fácil. No lo creo.

La influencia está en gentes de cierta cultura y de edad juvenil. Y esto no es distinto de lo que ocurre en Alemania, en Francia o en España. Y se mezcla con otros hechos culturales (la música, el cine, el mascar chicle o seguir determinadas modas en el atuendo) también atestiguados en todas partes. Porque el peligro, si existe, está en estas gentes, no «en los sectores que no saben defenderse». Quienes no se defienden son los ganados por una vida hedonista y económicamente fácil, no por los proletarios que no tienen acceso a esos pretendidos paraísos. La agresión, y la captación, no empieza y se asienta en los campesinos o en los mineros, sino en los hijos de padres acomodados, y desde ellos se propaga el riesgo.

Otro problema es que el inglés haga falta para el comercio o el turismo. Esto no afecta a la lengua: durante años y años, miles y miles de personas han sabido otra u otras lenguas, pero no por ello ha peligrado la propia. Y, por supuesto, no he experimentado en Santo Domingo lo que sí en Puerto Rico: el hotel que se negaba a cursar telegramas en español. Y no creo que por ello nuestra lengua vaya a desaparecer de Puerto Rico. Son cuestiones anecdóticas, y pienso que no mucho más. (¿Qué diríamos de los avisos que se oyen o se leen en cualquier aeropuerto español? Y ahí no hay negación, sino degradación, que es mucho peor). Tampoco encuentro gravedad en que los estudiantes de economía o de medicina sientan el influjo: está localizado, y

precisamente en técnicas y ciencias en las que el desarrollo de los trabajos y publicaciones norteamericanos hace que todos -y no sólo los dominicanos- tengamos que depender de ellos. De nuevo, ni más ni menos que en todas partes.

Queda, por último, la influencia traída por los emigrantes, para mí ocasional y geográficamente limitada, y queda, no sé si es consuelo, lo mal que se sabe el inglés.

Hay, sí, por hacer un trabajo muy grande. Estas cuartillas han sido escritas sobre unos datos objetivos, recogidos de gentes heterogéneas en su edad, en su saber, en su procedencia. Los resultados son, quiero creer, de interés. Precisamente porque nada me guió hacia una u otra preferencia, y porque las gentes -desde su circunstancia humana- dijeron lo que creían, si es que algo creían.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo